

Pluriempleo, empleo, desempleo

JULIO ALMEIDA*

De César y de Napoleón nos dicen historiadores y biógrafos que dictaban cinco cartas a la vez, pero yo creo que eso no es nada para nuestras cajeras del mercado, sin ir más lejos, muchachas capaces (con la matraca del hilo musical) no sólo de hacer las cuentas, sino también de sostener varias conversaciones simultáneas con las compañeras de turno, incluso de comentarle a una clienta la portada de su revista: la belleza del torero, el lío de las separaciones, e informar de paso, mascando chicle, que su hermana “se quitó de lo alto al suyo”, cualquier cosa vale. Naturalmente, estas jóvenes son muy capaces también de equivocarse, de sumar dos veces y corregir sobre la marcha, aunque la música contumaz nos impida pronunciar una palabra sin hacer un esfuerzo que se resolverá en nada. “¡Qué!”.

Es eso lo que llama la atención en otros países europeos: la habitual ocupación en una cosa, quizá con música inaudible, la natural

incapacidad de escribir una carta y hablar al mismo tiempo, y aun la normal dedicación plena a un menester. No es un trabalenguas; aquí era legal tener dos dedicaciones plenas en dos sitios. De donde algunos compatriotas deducen alegremente que nosotros somos más listos que ellos. Lejos de escribir varias cartas a la vez hablando sin parar, hacen con diligencia una cosa después de otra, y no sé si suelen terminar antes que a este lado de los Pirineos. Por lo demás, al abstenerse de pluriemplearse o de hacer horas extraordinarias, están pensando menos en los otros —a quienes quitarían medio empleo, o cuarto y mitad— que en sí mismos; piensan en una vida personal que, además de trabajar, exige dormir ocho horas y que desde el siglo XX, en vidas que duran más del doble, empieza a permitir a casi todos *loisir*, *leisure*. Lo que hasta el siglo XIX era privilegio de unos pocos, algún tiempo libre digno, desde 1900 (véase Veblen) empieza a ser patrimonio de una considerable mayoría. Recuérdese que en la Antigüedad, cuando Cicerón hablaba

del otium cum dignitate, pensaba principalmente en los hombres libres, que eran una minoría de la población. Fueron aquellos hombres ociosos quienes pudieron dedicarse a la ciencia, a la filosofía, al arte. “El saber y la ciencia griegos —dice Huizinga— no han nacido en la escuela (en el sentido moderno).” Para el autor de Homo ludens, los helenos fueron el fruto de su ocio, skholé. Y de skholé, que significaba el tiempo libre dedicado a meditar e investigar, a través del latín schola, viene nuestra escuela; fr. école, it. scuola, port. escola, ingl. school, al. Schule. En un libro sobre el ocio y la vida intelectual, Josef Pieper afirma textualmente: “Escuela no quiere decir escuela, sino ocio”.

Herederos como somos de Jerusalén y de Atenas, aunque algún redactor de la Constitución Europea no haya querido mencionar las raíces cristianas, no es difícil rastrear en los orígenes de Occidente la preocupación por el trabajo bien hecho. Así en el Eclesiástico: “Hijo mío, no multipliques tus ocupaciones: el que ansía enriquecerse no quedará impune... Hay quien trabaja y suda y corre, y con todo llega tarde” (11, 10-11). Y poco después: “Hijo mío, cumple tu deber, ocúpate de él, envejece en tu tarea”. Esto se escribió a principios del siglo II a. C.

Pero como tantas veces, en el pensamiento griego hallamos mayores precisiones. Los dos grandes, Platón y Aristóteles, siguen ayudándonos a comprender la realidad social, así la suya como la nuestra. Viejo de ochenta años, Platón de Atenas precisa en las Leyes lo que sigue: “No hay, puede decirse, naturaleza humana capaz de trabajar con perfección en dos ocupaciones o dos artes distintas, ni

tampoco de desempeñar personalmente la una y tutelar al que ejerce la otra” (847 d. e). Hoy está mucho más claro. Y su gran discípulo, bien informado siempre, nos dice en su Política que si entre los cartagineses está bien visto que una persona ejerza varios cargos, no sucede así entre los griegos. “Pues cada labor es realizada mejor por un individuo, y el legislador debe procurar que sea así, en lugar de ordenar que la misma persona toque la flauta y haga zapatos” (1273 b). En el siglo IV antes de Cristo, ¿no son avisos contra el pluriempleo avant la lettre?

Ahora bien, aun sin dudar ni por un momento de la herencia legítima de Grecia, Jerusalén y Roma, herencia elegida por nuestros padres hispano-romano-godos tras la invasión islámica inaceptable, cabe preguntarse si no habría una vena cartaginesa —vía musulmana— en la realidad histórica occidental de España. Porque no pocos españoles consideran una absurdidad hacer algo con prontitud y eficacia pudiendo tardar largo tiempo; consideran una sosería acabar un asunto sin conversar interminablemente antes, durante y después del mismo. ¡Cuántas veces habremos oído que hay tiempo, olvidando quien fuere que “Nunca ‘Tiempo hay’ hizo cosa buena”, como registra Correas en su Vocabulario de refranes! Y así, nuestras reuniones de profesores se dilatan en horas fatigosas, que después quedan recogidas en actas brevísimas; todo se demora tediosamente, como si no hubiera tarea para después. El tráfico se colapsa con la doble o triple fila y con paradas constantes de unos autobuses urbanos que paran y hacen parar sin urbanidad; que luego este parar se anuncie en una página

web (como pregonaba la empresa de la ciudad en que vivo) no deja de ser un sarcasmo. Los estudiantes se dedican menos a estudiar que a examinarse del sinfín de asignaturas en sinfín de convocatorias, asignaturas que en otros países se cuentan con los dedos de una mano y aquí planificamos bajo epígrafes excesivos, incluido el de libre configuración: el equivalente del ocio antiguo, reglamentado en el convoluto académico. Confiemos en Bolonia, en los 60 créditos anuales, que hasta ahora podían llegar a 90 o (hasta 1992) más aún, olvidándose el trabajo personal subsiguiente. Por algo Unamuno llama una vez al profesorado “asociación de verdugos de inteligencias”.

El pluriempleo, que pudo tener alguna legitimidad después de la guerra, en España como en otros países, que se legitimó de iure y —lo que es más importante para el Estagirita— en la costumbre, ha tomado carta de naturaleza, pero ya resulta inmoral, creo. Junto a tantos españoles en paro, sobre todo jóvenes, ¿cuántos se dedican a los zapatos y a la flauta, a las cosas más variopintas (o a las mismas en dos o más sitios, con varios despachos y varias nóminas estatales), sin que la ley ni la costumbre lo estorben mucho? Tenemos, pues, unas compatibilidades legales y luego la nerviosa dedicación a muchas cosas al mismo tiempo, lo que no garantiza nada bueno. Desde los años 60 la televisión forma parte de nuestra sociedad (véase Sociedad de consumo a la española de José Castillo), hasta el punto de que la hemos admitido en nuestra mesa, en la casa o en el bar, con lo que resulta difícil trabar una conversación inteligible. ¿Habrá sucedido la televisión al sacerdote? Si es así, en

muchos programas hemos perdido, sin duda alguna.

Y el problema no se resolvería con que los ministros se convirtieran en gobernadores civiles y los catedráticos de universidad en profesores de instituto, según la conocida observación de Ortega, por aquello de que solo hacemos bien lo que está un poco por debajo de nuestras dotes. El problema, como se sabe, consiste en que muchos profesores compatibilizaban ambos cargos con legalidad y, aunque menos, siguen haciéndolo, y en que unos y otros se dedican con naturalidad a menesteres heterogéneos, como sucedía y sucede con medio país. Recuerdo que el director de la Normal nos contaba en clase que, necesitando hablar con el presidente de cierta comisión, preguntó al administrativo de la Escuela quién era, y este le respondió: “Usted.” Así era hace más de cuarenta años y así siguen las cosas en una u otra medida. Como los padres se pluriemplean con frecuencia y apenas ven a su prole, y como no pocos profesores lo mismo —los cursos encogiéndose contra natura conforme los chicos van creciendo—, ¿quién se ocupa de los adolescentes? No es casualidad que su anomía raye en lo grotesco. ¿A qué obedecen esos botellones desaforados, esos extraños biberones para huérfanos —huérfanos de padres vivos, como dice Julián Marías— donde los chicos buscan convivencia e identidad, unas borracheras ruidosas y baratas que la autoridad consiente y los progenitores fingen ignorar? Las borracheras, baratísimas para los muchachos, son gravosas para los contribuyentes, pluri o uniempleados; y ya veremos en el futuro las consecuencias.

El pluriempleo consuetudinario de tantos adultos convive o malvive con el desempleo excesivo, con la vida parasitaria de jóvenes desconcertados y desconcertantes que se aprovechan de los trenes baratos; son jóvenes que parasitan a sus padres, con gusto o disgusto, chicos grandes que se dejan influir o presionar cuando les conviene y muy capaces si hace falta de exigir una pensión de mantenimiento con 25 ó 30 años. Y aunque el paro se ha reducido a la mitad en los últimos ocho años, aunque subsista tanta o cuanta economía clandestina, el problema se mantiene. Estoy escribiendo en Córdoba, que es una de las provincias españolas con mayor desempleo cuando entramos en 2005. ¿Pero no habría que medir mejor el pluriempleo?, ¿y atarlo más corto?

Y en España también hemos pensado en esto, aunque no siempre conste. Piénsese en Ortega, quien al desgair, como solía, situó la cuestión en términos cristalinos: “Cuanto más delicado y perfecto es un ser, menor es su libertad en la vida, mayor su sujeción a un destino y órbita determinados. El que sirve lo mismo para una cosa que para otra es que no sirve egregiamente para ninguna” (OC, II, 551). El artículo data de 1926. Y en 1951, en un artículo publicado en el número 62 de la revista Arbor, José Luis Pinillos escribió sobre “La multiplicidad de ocupaciones”: “No es verdad, psicológicamente, que el hombre sea un ente indiferenciado que sirva lo mismo para cualquier cosa.” Y poco después: “La especialización es la causa, no la consecuencia, del progreso... Descomponer la profesión en una multiplicidad de quehaceres heterogéneos es sustraer solidez a la estructura social, es desestabilizarla,

cegar una de las fuentes más fecundas de seguridad que el hombre posee.” Y yendo a la diana: “Esa continua concentración y desconcentración, esa heterogeneidad de preocupaciones que trae consigo la multiplicidad de actividades es, sobre ello no tengo duda, uno de los procedimientos más acreditados para lograr una perfecta esterilización del ser humano.” (El artículo fue recogido en el volumen La psicología y el hombre de hoy, 1983.) Son palabras graves del psicólogo y académico.

Hay que ponderar el estirón económico y social de España durante los últimos 45 años. España ha crecido a gran velocidad desde 1959, y si aquel año nuestro Producto Interior Bruto por habitante era un pobre 42,9 por ciento del francés, un 42,5 del alemán, 54 del italiano, en 2003 nuestro PIB asciende al 84 por ciento de Francia, 88,2 de Alemania, 89 de Italia. “Con todos los altibajos que se quieran (dice Juan Velarde, que ofrece estos datos en ABC), en estos cuarenta y cinco años se acertó en la política económica empleada.” Por el gran economista sabemos que España lleva ahora, respecto a la Europa rica, solo cuatro años de retraso. Han sido tres generaciones de mucho trabajar, hemos avanzado y recobrado posiciones que se habían perdido, y volvemos a estar a la altura de nuestro tiempo; pero hoy se diría que no pocos compatriotas parecen haberle cogido tal afición a los trabajos, que no han sabido pasar el testigo a los jóvenes, con lo que un pluriempleo contraproducente —en Grecia y en Roma, aquí y en Pekín— estorba toda la maquinaria. Cuando alguien afirma que trabaja, no puedo menos que preguntar o que pensar: ¿En cuántos sitios, cuántas horas? Porque si un taxista confiesa sponte

sua que está doce o catorce horas al volante y que sobran no sé cuántos taxis; si a los jóvenes que buscan trabajo se los extorsiona luego con jornadas tremebundas, acaso para que comprendan lo que significa trabajar a la española, y los hijos, que los tengan los inmigrantes; si un profesor se ve obligado a dar materias que no domina o se atreve a proponer optativas varias, aunque luego dará una o dos en años lectivos tan cortos como sobrecargados; finalmente, si un universitario escribe “obtar” o “descelebrado” o “lengua extranjera” y aun “extranguera”, o (hace más de quince años) “Ortega dice que yo soy libre a la fuerza, y yo digo que una m.”, entonces algo está funcionando regular. No por casualidad, la productividad por hora en España es inferior a la media europea.

Cuando se habla del empleo (pluriempleo y desempleo eran dos palabras impertinentes que aparecían en la nómina), echo de menos el uniempleo, con perdón, para no hablar de la dedicación a tiempo parcial, opciones ambas menos establecidas que en otros países; pienso en tantos que han confundido el honrado empleo con el pluriempleo pícaro, y —con esos horarios pringosos— en quienes cambian la prole por el unigénito malcriado; pienso en esa muchacha del mercado, nerviosa porque está callada, que, sin dejar el chicle, grita desesperadamente a una compañera que se pone a tiro: “¡Mary!”.

En España ha arraigado con fuerza el pluriempleo, como arraigaron los garbanzos, sembrados al parecer por los cartagineses y que luego llevamos a América. (Juan Valera los encontraba pesadísimos; “embotan el entendimiento más agudo y

estropean el estómago”, escribe desde Doña Mencía a Laverde en 1864; pero probablemente su pesadez venía de comerlos todos los días...) Y el espectáculo de unos adultos que trabajan en varios lugares o hacen horas extras, yendo y viniendo en horarios dilatados para que los jóvenes puedan vacar si lo desean; el espectáculo de personas financiando una vivienda mientras pasan media vida en los bares más numerosos y concurridos de Europa; el espectáculo de padres e hijos viviendo de espaldas, dados a la taberna y a la telebasura, llama verdaderamente la atención a quien quiera mirar.